

Nº 602
23
Marzo
2022
Miércoles



¿Nueva era entre muros románicos?

Manuel Parra Celaya

El pasado fin de semana recorrí algunas localidades de lo que llaman «*la Cataluña profunda*» y que en otros tiempos albergaba el *seny* que glosó Josep Pla. Como común denominador, ahora se intentan conciliar –por supuesto, sin conseguirlo– la belleza del entorno natural y el encanto de sus callejas y plazas tradicionales con la espantosa fealdad de los aditamentos que les han estampado sus ediles; ya saben: ristras de plásticos amarillos (¡oh, vates del ecologismo!) y espurias *esteladas* en rotondas y farolas de alumbrado público.

Procurando hacer obviada de esta *decoración*, intenté visitar una iglesia de prometedora factura románica; no lo conseguí, pues estaba cerrada (en contra, por cierto, del consejo del Papa Francisco); por ello, extramuros de esa



localidad, me aproximé a lo que se adivinaba como ermita, también románica, donde algunos turistas parecían poder entrar. Nunca lo hubiera hecho: el interior había sido despojado de todo elemento cristiano, sustituido por una fría decoración funcional, y un cartel indicaba que aquello era un «*espacio*

para la reflexión»; a modo de menú, un cartel detallaba alguno de los servicios que prestaba el reconvertido edificio y, entre ellos, me llamó la atención la palabra «*sincretismo*», junto a otras que me recordaban los títulos de los libros de *autoayuda* tan habituales hoy.

La primera acepción que da la RAE a *sincretismo* es «*sistema filosófico que trata de conciliar doctrinas diferentes*»; en este caso, se debía de tratar de doctrinas religiosas. Me acordé inmediatamente de la *New Age* (*Nueva Era*), y de la definición que ofrece el P. Santiago Cantera de este movimiento de moda: *sincretismo religioso neognóstico*. Profundizando, el profesor Dalmacio Negro nos dice que es

una mezcla de elementos cientifistas con otros de las religiones orientales; [...] tiende al esoterismo, tampoco anda lejos de la psicología humanista, sin

que esta escuela psicológica tenga que ver con ello; [...] en realidad, Nueva era es un irracionalismo pseudorreligioso y una versión cientifista del gnosticismo, todo lo vulgarizado que se quiera, que difunde la fe en una conciencia cósmica de la que lo individual es mero accidente.

Que conste que me parece excelente que cualquier persona disponga de un lugar *neutro* para reflexionar sobre sí mismo... o rezar; tales son, por ejemplo, las supuestas capillas de los aeropuertos, pequeños cubículos donde el viajero, sea de la religión que sea, puede recogerse y rezar a su modo antes de subir al avión, para prever el destino de su alma ante un hipotético accidente. Y, por supuesto, que cada quisque tenga la libertad de ser consecuente con su propia fe religiosa, dentro del respeto a las demás. Pero dedicar una iglesia románica a esos menesteres *sincréticos* me pareció un atentado a la historia y una estupidez.

¿Alguien se imagina que una mezquita, una sinagoga o una pagoda admitieran esa dedicación sin que, por lo menos, mediaran oposición cerrada, discrepancias o serias reservas por parte de sus respectivas autoridades religiosas? ¿Seguro que, por lo menos, nuestra ermita románica había sido desacralizada? Quiero suponer que el obispado al que pertenece el lugar tendrá conocimiento de la actual *dedicación*...

Pero vayamos al fondo del asunto, que no es otro que la sustitución de la religión cristiana, tradicional para una mayoría de los habitantes de la *Cataluña profunda* por unos contenidos que emanan de ese *planteamiento globalista y*



sincrético de la *New Age*, y que constituyen un bagaje decisivo del laicismo imperante y de la *religiosidad secular* que este propone.

Partamos de la idea clara de que «*el hombre no es posible sin lo sagrado*» (P. Ricoeur), por lo que, cuando el silencio o la negación de Dios se

plantea como norma social *políticamente correcta*, ese hombre tiene que buscar sustitutos; no es extraño que el mundo occidental esté experimentando un crecimiento de los exóticos *orientalismos* o de las «*verdades por consenso*» que propone el secularismo como fundamento de una supuesta ética universal.

Y es que, en el fondo, el problema del hombre no es económico, ni político, ni siquiera filosófico, sino religioso; Occidente ha abandonado sus raíces cristianas y está a la deriva, en búsqueda de alternativas o acudiendo infructuosa

Como bien dice el profesor Luis Buceta,

la Civilización Occidental está en decadencia, atacada por el gnosticismo subjetivista cuyo principio es que el hombre puede salvarse a sí mismo mediante la razón pura (...). De esta forma, se convierten la ciencia y la técnica en una especie de religión absoluta, una religión secular, que sustituye a la religión cristiana, base y fundamento de Europa.

Estas fueron las reflexiones que me suscitó mi recorrido turístico y, sobre todo, la reconversión de una bella ermita románica en «centro de reflexión» laico y sincrético. No me acuerdo quién dijo aquello de que «Cataluña será cristiano o no será», pero lleva camino de que «no sea», entre paisajes afeados con esteladas y desembarcos de la *New Age*.

* * *

Rescate de la paternidad

El padre es fortaleza, refugio, seguridad, dirección, amor sacrificado: virtudes que ataca en él la cultura dominante.

Rafael Sánchez Saus (*Diario de Sevilla*)

Dejé de ver series de televisión, y simplemente la televisión, cuando me di cuenta, sin necesidad de prescripción médica, de hasta qué punto eso beneficiaba a mi salud. El virtuosismo ha llegado al punto de que, encerrado a solas en una habitación de hotel, ni caigo en la existencia del aparato que ocupa media pared. Lo considero como prueba del nueve de mi cura y, sinceramente, me siento orgulloso de poder decirlo.

Recuerdo que cuando empecé a convertir el malestar en voluntad libertadora, las series de vocación familiar ya ofrecían sin excepción una visión degradada de la paternidad que entonces, padre ejerciente, me sabía a acíbar. No quiero saber qué modelo paterno se promoverá ahora, en consonancia con los tiempos, si ya hace quince o veinte años no había más que padres bobos, cutres y ridículos sobre los que se ejercía la implacable pinza de la complicidad entre



las madres –avispadas, comprensivas, modernas– y la abyecta prole.

Cómo estarán las cosas que en una reciente entrevista, María Calvo Charro, autora de *Paternidad robada* (Almuzara), nos advierte sobre el «borrado de la paternidad y la masculinidad». La profesora de la Carlos III pone el dedo en la

llaga cuando afirma: «Hoy es muy común que al padre se le exija ser una mamá bis, que actúe de acuerdo con un modelo femenino maternal y se olvide de los atributos típicamente masculinos».

La clave de una declaración así es que sólo podría hacerla una mujer, pues los hombres estamos inhabilitados para exponer nuestras convicciones o sentimientos acerca de nuestra propia misión en la vida, no digamos en la familia que más o menos a medias contribuimos a crear. «Hemos encerrado la esencia masculina bajo siete llaves –porque aquello relacionado con el hombre se considera perturbador y perjudicial– y nos hemos descompensado. Yo lo llamo “la tristeza del hombre tranquilo”, que está aclimatado al hogar y a los hijos, pero que no es feliz, porque ha perdido su potencia y su capacidad generativa».

Esa tristeza del hombre tranquilo que descubre María Calvo, esa angustia que tan difícil resulta manifestar a la esposa, hasta tal punto es incomprensible, que a veces estalla, más a menudo lleva a una progresiva retirada en la que anidan aventuras, adulterios y abandonos. Redescubrir el auténtico valor de la paternidad podría ser un buen propósito para el cercano «día del padre», festividad del patriarca San José que sí supo proteger, cuidar y educar.

* * *

¿Elecciones generales este mismo año?

Jesús Cacho (*Vozpópuli*)

Muy probablemente. Muy probablemente al mago que nos preside no le quede más remedio que convocarlas después del verano y con un argumento de fondo tan sencillo como demoledor: porque mañana podría estar peor que hoy; porque su posición, muy comprometida en este momento, podría convertirse en insostenible en 2023, y porque las posibilidades de seguir gobernando tras unas generales adelantadas a la segunda mitad de este año, aunque muy escasas, serían prácticamente nulas de pretender agotar mandato. He ahí a un genio de la política, un mago del juego callejero del trile, entre la espada y la pared. «Parece claro que el gobierno



pretendía “vender” a los electores un fuerte crecimiento económico en 2022 y 2023 como reclamo previo a las elecciones de fin de la legislatura», escribía aquí el viernes Carmelo Tajadura. La crisis provocada por la invasión de Ucrania, sobrevenida tras otra crisis sanitaria de la que no se había recuperado la

economía española, ha partido por la mitad tal pretensión. Sin más ideología que su personal conveniencia, Pedro Sánchez se halla ante un callejón sin salida del que va a intentar escabullirse abrazándose al Partido Popular, convenciendo al PP de la necesidad de firmar un gran pacto nacional para vadear los meandros de una crisis que es a la vez económica, política y social. ¿Qué hará Núñez Feijóo?

Sobre la profundidad de la crisis social habla la concentración que hoy tendrá lugar en Madrid y que tiene al Gobierno en un puño, en la que se van a dar cita los sectores más golpeados por la deriva de los precios de la energía y los combustibles. Como hoy escribe Jorge Sáinz, el Gobierno está francamente asustado por la dimensión de la protesta. La situación de tanta gente es tan crítica que ni la labor de zapa de unos sindicatos cuya misión parece consistir hoy en mantener la calle tranquila a cambio de una riada de subvenciones es suficiente para detener la revuelta. La reacción del Ejecutivo y sus terminales mediáticas, para quienes los manifestantes son todos de «ultraderecha», no hace sino encabritar más a esa buena gente española cuya proverbial capacidad para aguantar carros y carretas parece haber sido ya ampliamente rebasada por la desvergüenza de un tipo siempre dispuesto a echar la culpa

de sus fracasos al lucero del alba, ahora a Putin, naturalmente, pero también a Bruselas porque que no le deja sacar el gas del «pool» eléctrico.

Pedro ha aplazado al 29 de marzo la rebaja de impuestos que gravan los carburantes, largo me lo fiais, sin que, comodín de Bruselas al margen, se sepa muy bien el motivo de semejante tardanza, aunque se adivina: su intención de colar en paralelo un gran pacto de rentas, negociado con patronal y sindicatos, que él se encargaría de vender a la opinión pública como los nuevos Pactos de la Moncloa, sus Pactos de la Moncloa, y que naturalmente debería suscribir el PP para poder engalanar la dupla con el debido oropel. Nadie Calviño dio la pista cuando, en el último Ecofin, anunció confiada a sus pares que el Gobierno de España tenía a punto un gran pacto salarial que naturalmente iba a suscribir la patronal CEOE, iba a firmar el bueno de Garamendi porque así se lo iban a imponer los capos del Ibex que comen en la mano de Pedro. Pero ese pacto, muy necesario para controlar la inflación, iría acompañado, como no podía ser de otro modo en un Ejecutivo participado por Podemos, por otro paralelo sobre los beneficios empresariales, algo cuyos efectos podrían ser discutibles en el caso de la gran empresa pero que pondría a una miríada de pymes, muchas de las cuales no se han recuperado de las pérdidas ocasionadas por la pandemia, al borde de la suspensión de pagos y la quiebra. Estamos, en todo caso, ante un problema puramente técnico y no ideológico: las políticas de rentas nunca han logrado drenar un proceso inflacionario sin el concurso de la política monetaria, como resultó evidente en los ochenta, cuando Miguel Boyer se plantó ante Felipe González exigiendo la subida de tipos por parte del gobernador Mariano Rubio.

La clave del arco que soporta las esperanzas de Sánchez de salvar el *match ball* al que se enfrenta descansa sobre ese gran acuerdo o pacto que ha ofrecido a Feijóo. En la nueva Génova han sonado las alarmas. «Este quiere darnos el abrazo del oso», han advertido al gallego. Cierto, esta sería una de esas ocasiones en las que estaría más justificado que nunca un gran acuerdo entre los dos partidos protagonistas de la transición para poder hacer frente a la dramática situación en que se encuentra un Estado financieramente quebrado, con una deuda pública insostenible. Las similitudes con la gran crisis del petróleo de 1973 son evidentes: guerra del Yom Kippur, precio del crudo que se dispara, inflación desatada sin aparente control y un proceso de empobrecimiento que termina en los Pactos de la Moncloa. La diferencia es que Adolfo Suárez era creíble, tenía prestigio, mientras que el crédito de Pedro Sánchez es cero. Nadie puede confiar en la voluntad para hacer el bien de un individuo parapetado tras la banalidad del mal. El episodio de Marruecos conocido este fin de semana lo retrata como un autócrata, un sátrapa de bolsillo capaz de tomar una decisión tan importante para los intereses españoles sin consultar con la oposición ni con el Parlamento y sin pasar siquiera por Consejo de Ministros. Ni con Franco había ocurrido cosa semejante.



Una burla al sistema democrático. Cuentan que el PP va a responder a la requisitoria de Sánchez con un argumento demoledor de puro obvio: si quiere hablar de un gran acuerdo o pacto de Estado en aras a superar las dificultades del presente, tiene usted que reducir de inmediato la dimensión de su Gobierno suprimiendo ministerios cuya mera existencia es un insulto a la dignidad de los ciudadanos y a su bolsillo, además de embarcarse en un programa de recorte del gasto público improductivo, cuestión inevitable en cualquier circunstancia y a la que este Gobierno o el que le sucede deberá enfrentarse. Algo que, salvo milagro, Sánchez no está en disposición de hacer por razones obvias. He ahí un gobernante convertido en un simple rehén de los compañeros de viaje que voluntariamente eligió para gobernar.

Unos socios que tampoco le acompañarán en dos escollos que el Ejecutivo tendrá que pasar antes de fin de año: los PGE para 2023, una dificultad que podría solventar prorrogando los actualmente en vigor, y la definitiva reforma de las pensiones que el Ejecutivo está obligado a enviar a Bruselas de acuerdo con el «Operational Agreement» suscrito y que, esta vez sí, deberá entrar en cuestiones tan delicadas como «el ajuste del periodo de cómputo, alargándolo para el cálculo de la pensión», o la indexación con el IPC anual, entre otras cuestiones. La imposibilidad de embarcar a Podemos y al resto de los socios en



materias de ese porte induce a pensar que, en realidad, la legislatura termina a finales de este año. Y si por un milagro lograra Sánchez adentrarse en 2023 con posibilidades de agotar mandato, antes debería vérselas con la prueba del nueve que este Gobierno, o el que le suceda, no tendrá más remedio que afrontar: el inicio de un proceso de consolidación fiscal impuesto por la CE en razón a nuestra pertenencia al euro, lo que equivale a decir la puesta en marcha de un programa de ajuste capaz de enmendar el rumbo de nuestras desbocadas finanzas públicas. Y ese ajuste jamás será endosado por la muchachada de Podemos y sus amigos catalanes y vascos. Lo decía aquí José Luis Feito el viernes: la indisciplina presupuestaria conduce inevitablemente a la crisis fiscal. Como en cualquier familia bien administrada que se precie.

En realidad, la vigencia del Gobierno Sánchez tiene fecha de caducidad, con independencia de las decisiones que pueda adoptar Podemos: las elecciones autonómicas y locales previstas en el calendario para mayo de 2023, una cita que podría convertirse en un calvario para el PSOE. Excepción hecha de Cataluña y País Vasco, la suma de PP y Vox amenaza con arrebatarle una mayoría, si no todos, de Gobiernos autonómicos, diputaciones y alcaldías, lo que para Sánchez significaría una escabechina de tal magnitud que convertiría su voluntad de seguir gobernando en misión imposible. Un terremoto al que no podría arriesgarse en modo alguno y que claramente marca el final lógico del Gobierno de coalición. Ocurre, sin embargo, que la situación ha empeorado tanto en las últimas semanas, los frentes abiertos son tantos y de tal magnitud, que son muchos los que ven casi imposible que este Ejecutivo llegue vivo a la

orilla de mayo de 2023, argumento que lleva a pensar que Pedro Sánchez Pérez-Castejón, siempre en el filo de la navaja, adelantará las generales para hacerlas coincidir con las andaluzas, ahora previstas, tras no pocos sofocos, para el mes de octubre del año en curso. Y a echar el resto, a emplearse a fondo en una campaña de *agit-prop* capaz de movilizar el voto de gran parte de la izquierda, con Podemos desaparecido en combate y con la glamurosa Yolanda Díaz en el séquito del bello Pedro, ese hombre todo verdad, con la intención, además, de pescar en los caladeros del centro político.

Un territorio que el aludido piensa disputar a Feijóo y en el que ya intentó lanzar las redes en la previa de las generales de noviembre de 2019. Fracasó estrepitosamente, lo que no obsta para que ahora lo vuelva a intentar a pesar de la mochila de socios con la que carga a sus espaldas. Sus frenéticos viajes internacionales de estos días pretenden presentárnoslo como un estadista de talla mundial, capaz de opacar con su glamur al mismísimo Macron. Solo nosotros sabemos que no pasa de ser nuestro doméstico Putin de peluche. Acorralado como está, ha demostrado, sin embargo, ser un enemigo formidable, sin el menor escrúpulo a la hora de utilizar en su favor desde el BOE hasta el aparato del Estado. Sus esperanzas estarían puestas en conseguir un puñado de escaños más que Feijóo, para obligar al PP a apoyar su investidura con la ayuda de una CE que se encargaría de impedir que los populares gobernarán con Vox. Ese es justamente el problema al que se enfrenta el nuevo líder del PP: el de un pletórico Santiago Abascal dispuesto a officiar como oposición pura al Gobierno social comunista, presto además a recoger las nueces que pudieran caer del árbol de cualquier acuerdo que el gallego decidiera suscribir con el Ejecutivo. Atentos a la manifestación de este domingo en Madrid. Ahí vamos a ver la dimensión del incendio que consume a millones de familias. También la capacidad de UGT y de las CC.OO. de simplemente Yolanda para contener el cabreo social que se avecina. Es una de las claves del futuro de Sánchez.

* * *

Sánchez nunca tiene la culpa de nada

Eduardo Inda (*OKdiario*)

En la vida se puede ser bulero, desahogado, inmoral, jeta, tramposo, fullero, sinvergüenza y Pedro Sánchez. Jamás en los 45 años de democracia habíamos tenido un presidente con tan baja catadura moral. Ni siquiera el Felipe González de los GAL llegó a estos extremos de ignominia, entre otras razones, porque atesoraba un más que razonable sentido de Estado y porque desde tiempos inmemoriales ha tenido meridianamente claro que con las cosas de comer no se juega. Pero si hay algo que caracteriza al actual inquilino de Moncloa es su desprecio permanente a la verdad, al punto que estoy convencido de que no le dice la verdad ni al médico de Palacio. Es un embustero compulsivo, un enfermo de la patraña. Tan falso como ese prefabricado rostro juvenil que se le ha puesto de la noche a la mañana, no sé si consecuencia de algún *lifting* o de una sobredosis de toxina botulínica modelo Putin.

El culmen de este repugnante caradurismo llegó hace 12 días en el Congreso cuando se quitó de encima cualquier responsabilidad sobre una inflación que nos está matando y que provoca que de cada 100 euros que cobremos, perdamos automáticamente 7,6. En resumidas cuentas que nuestro dinero valga cada vez menos y que hoy seamos más pobres que el día anterior.

En respuesta a la portavoz del PP, Cuca Gamarra, se superó a sí mismo con una trola que deja reducida a la condición de mentirijilla de patio de colegio cualquier otra anterior. El quid de la cuestión era un alza de los precios que no se ve en España desde hace más de 30 años, cuando el bulero de La Moncloa ni siquiera tenía derecho de voto porque era menor de edad. Ojito a lo que salió de la boca de *El Guapo*. Manda narices:

–Si vemos la evolución del precio del gas y la energía durante este último año podemos constatar que Putin llevaba más de unos meses preparando la guerra de Ucrania–. Dicho en román paladino, que la culpa de ese 7,6% de inflación que se come nuestra cartera y nuestros ahorros es del hijo de perra del inquilino del Kremlin.

El presidente *olvidó* que la espiral de precios se inició al poco de terminar la parte más dura de la pandemia, allá por el otoño de 2020, por la barra libre de liquidez de los bancos centrales y por el boom consiguiente a toda etapa



de recesión. Naturalmente pongo el «*olvidó*» en cursiva porque por mucho que robe la tesis y por muchas pellas que hiciera, los conceptos básicos de Economía los atesora. Y es obvio que este incremento de los precios, que tiene toda la pinta de perdurar al menos hasta finales de año, se inició cuando que-

daba año y medio para que Adolf Putin implementase esa locura imperialista que siempre anidó en su psicopático coco.

Tanto él como sus comentaristas de argumentario, que son legión, sostienen que la inflación es un fenómeno mundial postpandemia. Es verdad. Tanto como que en esto, como en cualquier orden de la vida, también hay clases. Y España es de largo, como en casi todo lo malo desde que gobierna Sánchez, el más afectado de los grandes países de la zona euro: el 7,6% contrasta con el 6,2% de Italia, el 5,5% de Alemania y el 4,1% de Francia. Cualquier comparación es odiosa pero la que podemos trazar con nuestros vecinos del oeste, esos portugueses gobernados por el Partido Socialista, es sencillamente escandalosa: ¡¡¡el 4,4%!!! La inflación no es culpa de Putin, salvo la medición de febrero donde ya se nota el efecto Ucrania, pero el que seamos los peores de la clase tiene inequívocos nombre y apellidos: PEDRO SÁNCHEZ PÉREZ-CASTEJÓN.

Cuando la culpa de todo-todísimo no es de Putin, identidad que a partir de ahora va a ser muy recurrente, será obviamente de «la ultraderecha». Término, por cierto, que es otra bola propagandística monclovita por cuanto Vox

es un partido de derecha conservadora, no una panda de skinheads o de nostálgicos de la Fuerza Nueva de Blas Piñar. Sea como fuere, Santiago Abascal es naturalmente el responsable de «alimentar el clima de odio» que favorece huelgas como la del transporte y más, concretamente, de los piquetes violentos. Lo del clima de odio no es *copyright* de un servidor de ustedes sino del Gobierno a través no sólo del presidente sino de los más diversos ministros.

Vamos, que los camioneros, furgoneteros y demás sectores involucrados están parando porque se lo ha ordenado Santiago Abascal y no porque el combustible se haya encarecido un 30% el último año y porque se haya puesto por las nubes el importe de los neumáticos, de la urea –el líquido anticontaminación obligatorio en los diésel–, del servicio de mantenimiento, de los propios vehículos y de los seguros. Y, por supuesto, el presidente de Vox tiene la culpa de que los salarios de los conductores con contrato se hayan ido a la estratosfera, básicamente, porque no hay suficientes profesionales para atender la brutal demanda postpandemia. Recuerdo al Ejecutivo que el precio



del diésel ha pasado de 1,4 euros a cerca de 2 en algunos momentos en menos de un mes. Ayer se situaba en los 1,8.

Nada es culpa de ese inocente personaje que es Pedro Sánchez:

–La responsabilidad de que la luz sea entre tres y siete veces más cara que en 2020 es de la UE, las eléctricas y el

mercado internacional. ¡Ah! y de ese virus chino que lo mismo sirve para un roto que para un descosido. Claro que a él le da igual porque el queroseno del Falcon y el Airbus, la gasolina del A8 y la luz de Moncloa se la pagamos los demás. Así, cualquiera. He de recordar que aquí se montó la de Dios es Cristo con Mariano Rajoy cuando el megawatio hora pasó de 54 a 58 euros, un 8% más. Servidor no es Keynes, Samuelson, Friedman, Hayek, Stiglitz o Fuentes Quintana pero le da para colegir que el 700% de Sánchez, perdón, de Putin y Abascal, es mayor que ese 8% del anterior presidente.

–Que la cesta de la compra esté un 28% por encima tampoco se lo podemos achacar al pájaro. Siempre se le puede colgar el marrón a la avaricia de Marta Álvarez, presidenta de El Corte Inglés, del dueño de Mercadona, Juan Roig, de los franceses de Carrefour, de los alemanes de ese Lidl que estos días parece un supermercado de Caracas al no haber previsto que la huelga del transporte iba en serio, de los vascos de Eroski o del propietario ruso de Dia, Mikhail Fridman. Sánchez no tiene nada que ver, tal vez es que me he perdido algo y ya no es el presidente del Gobierno.

–Tampoco podemos ni debemos endosar el pecado del hundimiento del Producto Interior Bruto (PIB) al excelentísimo presidente del Gobierno. Faltaría más. Putin y/o Abascal seguro que son los que provocaron que en 2020 nuestra economía fuera de largo la que más cayó en Europa: un 10,6%, dato que

contrasta con el 8,8% de Italia, el 8,3% de Francia o el 5% de Alemania. Dios me libre de apuntar con el dedo índice a Sánchez.

–Culpa del zar ruso o del malo-malísimo de Abascal debe ser igualmente que las pensiones crezcan un 2,5% y nuestros salarios un 2%, a años luz de una inflación que está en el 7,6% pero que a buen seguro no bajará este año del umbral del 6% salvo que la invasión de Ucrania nos haga entrar en recesión o en esa estanflación que se adivinaba en lontananza mucho antes de que el Hitler de nuestro tiempo okupase Ucrania.

–Y que nadie ose señalar a Pedro Sánchez por el salvaje descalabro de un turismo que empezaba a sacar la cabeza tras dos veranos ahogado. Ya verán cómo el pensamiento único nos acaba lobotomizando con la idea de que Putin está detrás de todo.



–La osadía, la desvergüenza, el cinismo y la maldad del personaje han llegado a tal punto que también nos culpó a los españoles de la expansión del virus. La descomunal incidencia del Covid en España, la mayor del planeta en la primera ola, la atribuyó «al relajamiento de las medidas de distanciamiento social». Con un par. Obviamente, ni una sola mención a ese 8-M que constituyó una bomba vírica y que disparó exponencialmente el número de casos. Tampoco incidió en otra circunstancia cuasidelictiva: si en lugar de forzar la máquina para llegar como fuera a esa fecha por imposición de Irena Montera, hubieran confinado una semana o dos antes, el número víctimas sería dos o tres veces inferior. No son cuentos, son cuentas, estadística pura para más señas.

–Y, faltaría más, su pacto con ETA, con los golpistas catalanes y los comunistas bolivarianos no es una decisión suya o sí pero fruto del plantón que le dio Albert Rivera tras esas elecciones de 2019 en las cuales la suma de PSOE y Ciudadanos superaba cómodamente la mayoría absoluta.

No tengo ninguna duda de que Pedro Sánchez se tendrá que largar a casita tras las próximas generales. A Dios gracias. Como es habitual cada vez que gobiernan los socialistas, lo echará la calle, una ciudadanía que ve cómo el bolsillo está tiritando, la crisis en definitiva. Lo de siempre: los socialistas destrozan la economía y el PP tiene que volver a resucitarla. Eso sí: Pedro Sánchez no podrá presumir de haber dejado un país mejor que el que se encontró como sí pueden defender con orgullo tanto Aznar como un Rajoy al que le tocó lidiar el peor toro de la historia, el que le había dejado el frívolo e incompetente de Zapatero. El todavía presidente se topó en junio de 2018 con una deuda pública del 99% sobre el PIB y ya estamos en el 120%, el PIB engordaba sostenidamente al 3,1% y ahora aún nos quedan casi seis puntos para recuperar el crecimiento prepandemia, la inflación se sitúa en el 7,6% cuando a su llegada al poder se encontraba en el -1,1%, el precio del megawatio hora era hace cuatro años de 56,8 euros y ahora se dispara hasta los 500, por el litro de diésel pagábamos 1,16 euros y ahora astillamos 1,8, eso sí, no se había

desenterrado a Franco que es lo que verdaderamente nos soluciona la vida y nos hace felices. Pero seguro que Pinocho le volverá a endilgar el *copyright* de este mundo feliz a un genocida del Kremlin al que España le importa un pepino o a ese Santiago Abascal que debe ser el autor del asesinato de Kennedy, de la muerte de Manolete y de la de John Lennon pese a que cuando se produjeron los dos primeros óbitos no había nacido. De absolutamente todo lo cual llego a una conclusión: está enfermo. Bueno, él y todos los que le apoyan ciegamente.

* * *

Arturo Pérez-Reverte

Lo voy a repetir, para que de nuevo se ofendan los que se ofendieron la última vez que lo dije: Marruecos tiene una de las diplomacias más pacientes y eficaces del mundo árabe. Y España tiene lo que improvisa. Por eso nos toorean sin que les tiemble el pulso, por los dos pitones.

* * *

Ministra de Hacienda: escuche y aprenda

Aplique el margen que sí tiene para arreglar el conflicto con los transportistas y aplíquelo ya, antes de provocar a la economía un caos mayor del que ya ha provocado su Gobierno

Ignacio Ruiz-Jarabo (*Vozpópuli*)

En los últimos días, los españoles hemos asistido a un desconcertante episodio en el que se ha visto la auténtica valía de nuestro Gobierno. La feroz escalada del precio del combustible ha situado al sector del transporte al borde del precipicio, pues el aumento exponencial de su principal coste variable les ha dejado sin margen de explotación abocándoles a un funcionamiento a pérdidas. Mientras las empresas del sector se desangran, el Estado ve aumentar sus ingresos por IVA.

Ante este escenario, todos los gobiernos de nuestro entorno han percibido la gravedad de la situación y la necesidad de adoptar soluciones rápidas y decididas. Por citar a nuestros vecinos más próximos, Portugal, Francia e Italia han procedido con urgencia a reducir la fiscalidad de los derivados del petróleo o, alternativamente, a conceder ayudas a los afectados por la situación. La excepción ha sido el Gobierno español. Pedro Sánchez se presentó en la última conferencia de presidentes sin análisis ni propuestas al respecto y solo ante la presión allí recibida, improvisó la promesa de rebajar los impuestos en el Consejo de Ministros previsto para el próximo día 29, es decir, ¡dos semanas después!

Esta inicial inacción y posterior demora de nuestro Gobierno ha encendido – con toda la razón – a los transportistas españoles, sobre todo a los más vulnerables: autónomos y pymes. Pero el Gobierno, erre que erre, sigue postergando hasta el próximo 29 su posible decisión, sin avenirse siquiera a iniciar

una negociación con los convocantes de la huelga. Con ello, está expandiendo la crisis a otros sectores que dependen del transporte –la industria láctea o la actividad pesquera, entre otros– y puede llegar a provocar un general desabastecimiento de los productos alimentario, ya incipiente.

El Gobierno, en esta encrucijada, ha empezado a hacer lo que mejor sabe: emitir fake news. La ministra de Transportes y la ministra vocera del Gobierno han declarado que el conflicto está liderado por la extrema derecha, en tanto que la ministra de Hacienda ha manifestado que los transportistas en huelga son agentes de Putin, ¡Vaya tela! Cuando habla un necio, todos descubrimos



su necesidad. Pero también está deslizando el Gobierno que carece de margen para atender las necesidades del sector. Vamos a centrarnos en esta última mentira.

Señora ministra, debe usted saber que cuando sube el precio de un producto, aumenta la recaudación obtenida por el IVA con el que viene gra-

vado de modo que, al duplicarse el precio de los combustibles, se duplican los ingresos fiscales que obtiene el Estado por dicho impuesto. Fíjese si tiene usted margen. Además, si leyera usted los informes de recaudación de la Agencia Tributaria podría comprobar que entre enero y noviembre de 2021, la Administración Central del Estado (excluidas las Comunidades Autónomas) ha recaudado por el Impuesto Especial de Hidrocarburos 1.600 millones de euros más que en el mismo periodo de 2020, lo que supone un aumento del 80%. Fíjese usted si tiene margen. No nos engañe, no es margen de lo carecen usted y a su Gobierno, su carencia es de voluntad. Y esto lo saben los transportistas en huelga, y deben saberlo tanto el resto de los sectores económicos afectados por dicha huelga como el conjunto de los españoles víctimas de su gestión política.

Como deben conocerlo los contribuyentes españoles del IRPF que sufren su negativa a actualizar los parámetros y la tarifa del impuesto al aumento de la inflación. Sepa usted, ministra, que esta práctica abusiva forma parte de lo que en Hacienda Pública se llama Señoreaje, en tanto que abuso del Señor con sus vasallos.

Pero mire ministra, ni los contribuyentes españoles debemos ser sus vasallos ni, en ningún caso, usted es nuestra Señora. Aplique el margen que sí tiene para arreglar el conflicto con los transportistas y aplíquelo ya, antes de provocar a la economía un caos mayor del que ya ha provocado su Gobierno.

Y, por cierto, cuando usted se decida, tiene en sus manos un margen todavía mucho más amplio en el Gasto Público. Discipline usted a sus colegas del Consejo de Ministros, impóngales restricciones políticas a la utilización de los alegres importes de crédito de gasto fijados en los irresponsables presupuestos que llevó usted a las Cortes Generales. Puede y debe usted hacerlo. Con motivo de otras grandes crisis económicas así lo hizo Margaret Thatcher en el Reino Unido, y también fue decretado así en España por Pedro Solbes. Pero éste a lo mejor es también para usted un ultraderechista y un agente de Putin.

* * *

Péguy y el gusto por el presente

Emilia Guarnieri (PáginasDigital)

Corremos el riesgo de perder a nuestros jóvenes. Su diferencia nos da miedo. ¿Cómo podremos llegar a transmitirles algo?

«Un hombre ve que el presente no era el último límite del pasado, sino el último límite del futuro. Y que el presente no es solo sucesor del ayer, sino su heredero. Y que hay que captar el presente en el presente mismo, sin esperar un poco, porque justo ese poco hace que ya no sea presente».

En su *Nota conjunta sobre Descartes y la filosofía cartesiana*, Péguy nos devuelve con estas palabras el gusto por el presente. El texto tiene más de un siglo pero con el salto generacional que vivimos hoy no podemos dejar de interrogarnos sobre el valor del tiempo que estamos atravesando y el valor de aquellos que en este momento están «presentes». Porque la verdad es que nos arriesgamos a perder a nuestros jóvenes, nativos digitales (adolescentes o veinteañeros) o *millennials* (algo más maduros). Cada vez resulta más difícil captar sus preguntas o valores, y por tanto cada vez es más arduo acompañar-

los y transmitirles nuestros ideales.

A veces es como si la diferencia de los más jóvenes o el malestar que sienten ante los adultos nos diera miedo. Resulta incluso paradójico. Es como si nos contagiara el miedo de los jóvenes. ¿Pero qué podemos poner de-



lante de su malestar? Hace poco decía Mauro Magatti que «en el mundo juvenil –un universo muy variado que se extiende desde los adolescentes hasta los 35 años– se está extendiendo el síndrome de la retirada del mundo. En los adolescentes del confinamiento se ha introducido una especie de miedo al otro y al mundo exterior, que llega hasta jóvenes de más edad que ni trabajan ni estudian porque viven atrapados en un vacío del que no logran salir».

Diferentes de nosotros, hipertecnológicos, absorbidos por ese mundo digital que los ocupa y nunca los desconecta, necesitados de gritar sus preguntas a alguien que no tenga miedo. Buscándose a sí mismos de tal manera que llegan incluso, como en una canción de Madame y Marracash, a imaginar un diálogo con su propia alma: «eres el alma, eres mi mitad, nadie sabe cómo estás hecha, busca en tu interior y lo sabrás».

El presente y el futuro necesitan a los jóvenes y los jóvenes tienen una terrible necesidad de salir de su «retiro». Este es el dramático desafío de este momento. Un desafío que debemos tener el coraje de llamar por su nombre, un desafío educativo. Escribía Julián Carrón en 2020: «Es difícil imaginar un reto mayor que el educativo. De hecho, el desconcierto domina en todas partes por el vértigo que experimentan los adultos (padres y educadores de todo tipo) y los jóvenes. La expresión “emergencia educativa” nunca ha estado tan

cargada de significado como en estos tiempos». Y añadía: «Las dificultades desbordan por todas partes. Pero reglas e instrucciones de uso se revelan cada vez más incapaces de suscitar el yo, de despertar su interés hasta llegar a implicarlo en un camino que le permita crecer. Una mirada llena de estima puede ser más eficaz que cualquier otra cosa».

¿Estima por qué? Por el único recurso que nadie podrá arrancarnos jamás, nuestro deseo. Cuanto más nos atrevamos a amar el nuestro, más podremos estimarlo en los jóvenes. Entonces también recuperaremos el gusto y el entusiasmo por buscar herramientas, ocasiones y oportunidades. El gusto de discernir las modalidades más útiles para la formación y transmisión de conocimientos y habilidades. El gusto de ser adultos ahora.

¿Y si fuera precisamente el amor a nuestros hijos, el deseo de un bien para ellos, lo que nos puede volver a poner en marcha para buscar algo o alguien capaz de despertar el deseo, sobre todo el nuestro? Una apuesta imprevista, pero quizá no muy lejana de la realidad.

* * *

Habla, pueblo, habla

1. Gamarra pide al Gobierno que escuche a la España «real» y tome medidas «urgentes» para que el medio rural «sobreviva».

La portavoz del Grupo Popular en el Congreso y coordinadora general del PP, Cuca Gamarra, ha reclamado al Gobierno que «escuche» y «dialogue» con la España «real» que ha salido hoy a la calle para defender el medio rural, que necesita medidas "urgentes" para "sobrevivir".

2. La secretaria de Internacional del PP, Valentina Martínez, ha criticado que el ministro de Asuntos Exteriores, UE y Cooperación, José Manuel Albares, se haya jactado de su «comunicación fluida» con su homólogo argelino cuando Argelia ha manifestado este sábado su "sorpresa" por la posición de España sobre el Sáhara Occidental y ha llamado a consultas a su embajador en Madrid.

* * *

Gustavo Morales: «Putin ha perdido la guerra de la opinión pública, pero Occidente ya es solo una pequeña parte del mundo»

A propósito de la publicación *Prensa y Poder*. Construyendo certezas, el periodista profundiza en los temas de la actualidad: globalización, terrorismo, redes sociales, Poder y contrapoder

Álvaro de Diego (*El Debate*)

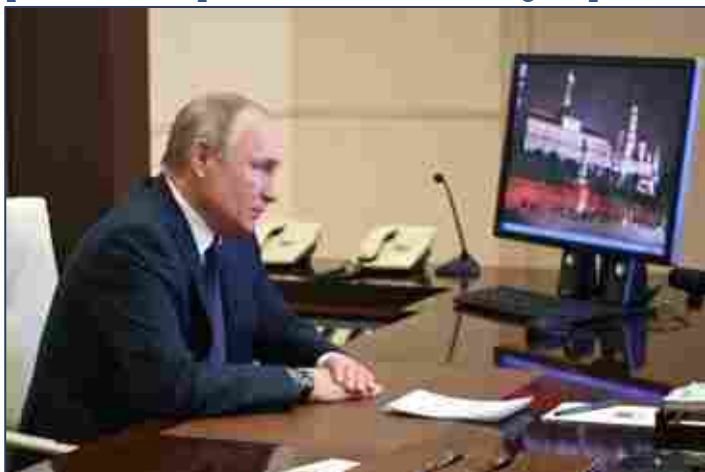
La infantería pisa el terreno; el corresponsal de guerra, también. Por haberlo sido, por haber mirado a los ojos a la descarnada faz de la muerte, Gustavo Morales sabe bien que Revel no se equivocaba: «La primera de todas las fuerzas que dirigen el mundo es la mentira». Por su libro *Prensa y*

Poder. Construyendo certezas, el director del Club de Periodismo del CEU ha obtenido el Accésit I Premio Mayka Martín Padial de Ensayo Histórico.

–En el libro aborda tres fenómenos: la globalización, que ha acentuado el carácter mercantil de la información; el terrorismo como medio de comunicación y las redes sociales como nuevo ecosistema. ¿Cuál supone hoy mayor amenaza para nuestras libertades?

–El terrorismo es una amenaza contra nuestras vidas pero, como efecto secundario, provoca solidaridad en quienes lo sufrimos, que es un valor positivo. La globalización es un peligro en cuanto supone la extensión de un paradigma anglosajón, no es el acercamiento de la aldea común sino la uniformización de una hegemonía unipolar.

–El monopolio tecnológico GAFa (Google, Apple, Facebook y Amazon) que controla nuestras vidas y salta por encima de las fronteras, lo dirigen personas que no son representantes electos. ¿Adquiere el Estado democrático en este



escenario un nuevo papel de garante de nuestros derechos, en especial de la libertad de expresión y del derecho a la información?

–Decía Unamuno que la nación es el espacio de la solidaridad. El Estado nacional representa el punto de encuentro de la ciudadanía con dirigentes que han sido elegidos por ella y donde hay comunidades

que convierten al individuo en persona al relacionarse con su entorno familiar, local y laboral. La reducción del Estado nacional facilita el libre tránsito de dinero y mercancías, pero reduce a las personas a individuos aislados más fáciles de domeñar.

–En el libro cita una interesante reflexión al respecto del jefe de redacción de *The New York Times*. ¿Puede convertirse hoy la pequeña prensa local en refugio de independencia periodística?

–Sí, es indudable que la prensa local es la que menos está sujeta a las presiones e imperativos del dios dinero o, al menos, en menor cantidad. Allí la publicidad no responde a grandes empresas o grupos de presión internacionales, sino a negocios locales que no se inmiscuyen habitualmente en las tareas de investigación del periodista.

–Y frente al terrorismo, ¿puede funcionar el periodismo social como cierto antídoto de sus efectos comunicativos?

–Explicándolo, pero no dándole constantemente la primera plana ni la hegemonía de la información, que es lo que buscan. Sus ideas hay que exponerlas con claridad crítica para evitar su extensión. Aunque hablar de ellos ya les da una victoria. Decía Hitler: «Que hablen de nosotros, que nos traten como payasos o como criminales, pero que hablen».

–También alude a las redes sociales como contrapoder. Pese a la polarización que a veces provocan, ¿resultan más beneficiosas hoy para el ciudadano que los tradicionales medios de comunicación y su fijación de la agenda?

–Antes la mayor parte de los ciudadanos no podían expresar sus opiniones más que en pintadas en las paredes. Las redes sociales, fuertemente intervenidas por grupos de coacción, que se arrogan el privilegio de decirnos qué es verdadero o falso, son el último refugio de la libertad de expresión de los ciudadanos, pero carecen del poder de comunicación que muchos pretenden, aunque sí el suficiente para que se preocupen de censurarlas. Ojo, recordemos que las redes sociales están creadas y mantenidas por empresas privadas con todo lo que eso supone. Los grandes medios las usan para expandir su mensaje.

–Byun-Chul Han afirma que hoy el soberano es quien decide sobre las «shit-storms». ¿Quién suele beneficiarse de este fenómeno? ¿Se puede hablar de un nuevo «totalitarismo sin rostro»?

–El poder busca ahora el anonimato. Cuantos se atreven a salir de lo políticamente correcto son agredidos en las redes, a veces también fuera de ellas, por una multitud de trolés y de robots cuya tarea es precisamente impedir la ruptura de la hegemonía. Cuantos profesan opiniones disidentes se las callan para evitar la marginación. Las jaurías y sus tormentas de mierda han destruido carreras, prestigios y vidas para mantener el statu quo. Muchas veces no es algo espontáneo, sino organizado y financiado con profesionales dedicados a ello. Hay grupos verdaderamente bien organizados que se movilizan a través de Telegram y destrozan reputaciones y prestigio en Twitter.

–Hoy la guerra de Ucrania monopoliza la agenda de los medios. ¿Puede perder Putin la guerra por causa de la opinión pública?

–Putin ya ha perdido la guerra de la opinión pública en Occidente. Son pocas, aunque relevantes, las voces que han roto esa hegemonía en nuestra área: un Calvo Sotelo y un antiguo nuncio papal en Estados Unidos en publicaciones con escasa difusión. La cuestión es que hay vida y hay prensa más allá de Occidente. De hecho, la mayor parte de la población mundial no vive en Europa ni en Estados Unidos. De todas maneras, no veo factible un rearme militar y moral de Europa.

–¿Hay manipulación informativa en los dos bandos? Si la hay, ¿puede compararse?

–Claro que la hay. La propaganda es uno de los pilares de la guerra moderna. El poder de las cinco primeras empresas audiovisuales de información y entretenimiento, radicadas en el mundo anglosajón, no tiene parangón al otro lado del nuevo telón de acero, aunque las intenciones de unos y otros son las mismas: retorcer la verdad.



–Un par de cuestiones finales, dirigidas al analista de geoestrategia: ¿el grupo Wagner es equiparable a Black Water?

–No, es el mismo negocio y con el mismo cliente principal, el Estado, pero la capacidad financiera de las empresas de soldados corporativos estadounidenses supera con mucho a sus contrapartes rusas. Black Water, Academi desde 2009, es la punta del iceberg.

– Zelenski ha sobrevivido ya a varios intentos de asesinato. ¿Cómo ha logrado esquivar a los homicidas?

–No duerme dos noches seguidas en el mismo sitio y se traslada de continuo de un lugar a otro, en ocasiones a horas intempestivas. Es algo que ya hacía Yasir Arafat, el líder de la OLP.

* * *